

MIQUEL IZARD, DE LA HISTORIA SOCIAL A LA HISTORIA SAGRADA

Lola G. Luna
Universitat de Barcelona

En la universidad tenemos buenas prácticas, también las hay perversas. Estoy encantada con haber podido disfrutar de una de las primeras, como es el homenaje que en este número del *Boletín Americanista* (BA), deseamos hacer a Miquel Izard, sus colegas, amigas y amigos de las dos orillas, por su aportación al americanismo, dentro de una dimensión académica, docente e investigadora que va más allá como se verá en los contenidos. A través de éstos, de allá y de acá, se pone de relieve la anchura del maestro, amigo, compañero y colega Miquel Izard, una persona que yo percibo como de las dos orillas.

Decir, homenaje merecido, como se suele hacer, en este caso para mí significa, insistencia académica en redondear un poco más la figura de alguien importante en el mundo americanista, en la historia de Catalunya, y en la de la Universidad de Barcelona (UB) y la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). También se puede ver en esta colección de ensayos, artículos y entrevistas, su carácter de mirada crítica y al mismo tiempo cordial y ameno. Afortunadamente esa imbatibilidad vital continúa.

He de decir que las y los autores de allá y de acá, respondieron rápidamente a la invitación para hacer este homenaje. Tienen mi agradecimiento, con el deseo de haber respondido a la confianza que depositaron en mí al entregarme sus trabajos.

Este volumen del BA está dedicado a un seductor intelectual que ha seducido y seduce. Es decir, se le sigue porque enseña. Las colaboraciones reunidas lo muestran abundantemente. Las nuevas categorías construidas por la docencia e investigación del profesor Izard (me consta que le gusta ese tratamiento), como son la *HO*, *LAL*, o *HS*, muestran que aporta un discurso con significados nuevos para el análisis de la Historia de América. Mirando y analizando desde esas categorías ha dado la vuelta a esa *H*, en numerosos trabajos.

Su espíritu crítico cuando le conocí en septiembre de 1976, fue lo que hizo que me sintiera tan a gusto en la UB desde la llegada. Apenas con tres años de docencia en la universidad, aterrizaba justo al lado de alguien que había enseñado en Venezuela, como mi persona lo había hecho en Colombia. Cuando él regresaba de Mérida de allá, entonces iba mi persona para Tunja.

Durante los años que hemos participado juntos en lo que fue primero Departamento de Historia de América, y luego Área o Sección de Historia de América, formando Departamento con Antropología, Izard, ha representado y encabezado “una proyección latinoamericanista” frente a la etapa anterior de “dimensión

hispanista”¹. De la historia de España en América, a la historia de sus Aborígenes: resistencias, invisibilidades, otros discursos, que Miquel ha ido encontrando en fuentes de creadores culturales, en vivencias de campo, que le han confirmado que el discurso occidental es el de la *LAL*, y que su universalidad poderosa encubre otras culturas vivas y en resistencia con sus discursos de libertad e igualdad.

Durante la edición de este número muchos recuerdos han vuelto, y con ellos el reconocimiento por lo que aprendí de él a partir de facilitarme su Programa de historia de América Latina contemporánea, que me tocaba impartir por vez primera. Mis lecturas iniciales fueron la bibliografía que él había seleccionado en ese Programa. Éstas me pusieron al día de los debates candentes en esa época (subdesarrollo, dependencia, imperialismo, marginalidad...), y cerré mi etapa de investigación en historia social colonial. Hubo algo importante en lo que sintonicé con Izard, en un momento personal en que hice la opción de comprometerme con la historia de las mujeres: su espíritu libre y crítico. Nuestro querido Muniesa dice de él en la segunda dedicatoria de sus relatos “*A Miquel, un anarka*”. Mi lectura sería, un anarka con K de kilos de años de experiencia en la que se ha construido y reconstruido su identidad, sin caer en la tentación de convertirse en una estatua de sí mismo (esta metáfora se la debo a Rosi Braidotti). Ese espíritu libre, de alguna manera se conjuró con el mío en los pasos que mi persona iba dando desde la resistencia de los indios de los resguardos coloniales de la costa atlántica en la Nueva Granada (Colombia), a los movimientos de mujeres en América Latina. Un día, en un cruce de pasillos –en la universidad por sus peculiares horarios de trabajo, a veces así se dan los diálogos– me dijo: “la clave es Rousseau”, le respondí: “viene de más atrás...”. Ciertamente atinaba, porque desde mi punto de vista, en Rousseau están los argumentos de redefinición del discurso patriarcal en el discurso occidental moderno; y ahí se encuentran su perspectiva y la mía. Ahora me consta que sabe que por otros caminos, también se critica la *HO*. Con la perspectiva de tres décadas, la historia de las mujeres y el género (y no toda la historia de las mujeres, que también la hay *O*) ha “tocado” igualmente la *HS*.

Miquel, también fue una fuerza moral importante mientras existimos como movimiento de penenes (PNN). Aunque ya era titular, formó parte del mismo, junto con algunos otros pocos profesores ya titulares como Rafa Aracil, o Mercedes Vilanova. Y siguió apoyándonos a quienes nos penalizaron en la derrota del movimiento con las Pruebas de Idoneidad, hasta lograr la titularidad. Por otro lado, fue coherente con su posicionamiento en contra de la clase catedrática y la desmitificación de las jerarquías departamentales. Esta posición la compartí como unos 15 años, hasta la oferta de dos cátedras, ya de vuelta al engranaje funcional engrasado de otra manera, pero igual que el anterior al movimiento de PNN. Ahí llegó nuestra discrepancia, porque Miquel continuaba con la idea de

1. Luna, Lola G. (1999). “El americanismo en Barcelona a través del Boletín Americanista”. *Boletín Americanista*, Barcelona, n° 49.

que era posible mantenernos sólo con titularidades. No lo creía personalmente, a esas alturas del partido en que habíamos perdido la pelea contra el funcionario en la universidad. En ese momento mi planteamiento fue: con las cátedras creceremos, volveremos a ser departamento. Desde luego pensaba que las dos plazas se ocuparían y me recuerdo a mí misma como una ingenua, en aquella reunión dónde defendí que las cátedras no alterarían la horizontalidad en las relaciones de poder que teníamos. No me pasaba por la cabeza una posible rivalidad, ni tampoco ser Juana de Arco y que me quemaran en la hoguera. No me arrepiento de mi decisión, y esos golpes tan vidriosos hacen más fuerte; desde luego el acceso a las cátedras, forma parte de esas otras relaciones de carácter perverso que hay en la universidad española, porque es el sistema menos transparente que se puede pensar. Ciertamente aquellos años fueron muy buenos, libres y fructíferos: una coyuntura que evoco y valoro por lo que pudimos hacer y aprender. Sin nostalgia, por eso de no convertirnos en una estatua de nosotros mismos.

Aunque se dice por parte de Manuel Chust, también quiero resaltar el estilo de relación del profesor Izard con los estudiantes. Pienso que establece con ellos una relación de confianza seductora basada en la ironía, a veces sarcasmo del bueno, y la rigurosidad en dar argumentos para pensar de otra forma la historia de América. Le leí en alguna ocasión que hablaba de aquellas y aquellos del estudiantado que habían pasado a ser de “la pandilla”. En total acuerdo con él! El estudiantado de la universidad es una de sus gratificaciones: disfrutar un año tras otro de la energía y buena onda de estudiantes sensibles e interesados en la historia de América Latina, en sus conflictos, en sus revoluciones, y el compromiso mostrado con los nicas, los zapatistas, los piqueteros, las mujeres... viviendo aquellas realidades directamente como investigadores y/o brigadistas. Y para terminar ofrezco una imagen: el aula más grande de la facultad con Miquel dando clase de Historia de América general y el estudiantado sentado hasta en los pasillos y las enormes tarimas que tenían esas aulas del edificio Cúpulas del campus Pedralbes. Seducidos...

El profesor Miquel Izard es y será “genio y figura” para siempre en la universidad, en el americanismo: una nueva voz de una orilla a otra, un nuevo discurso, un maestro. Este número del *BA*, como todos irá de esta orilla a la otra. Deseamos que vaya más allá.

Gracias. Miquel.

Entrevista de Lola G. Luna a Miquel Izard

Miquel, ¿se podría definir en parte tu identidad como “persona de las dos orillas”?

Mi recorrido profesional cambió de rumbo varias veces. Mi padre era boticario con tienda y yo el mayor de los varones; desde chico se dio por sentado que me licenciaría en Farmacia, no me lo impusieron pero tampoco pidieron mi parecer. La Universidad de Barcelona en 1953 era esperpéntica y es fácil intuir cuán lúgubre era esta “Facu”. Fui aprobando materias (alguna previo pago de ficticias clases particulares con ayudantes del catedrático, que se llevaba la parte del león), hasta que en tercero di con Fisiología Vegetal, la primera que me interesó. Esta vez no empecé sino que estudié y leí cuanto caía en mis manos y me presenté, sobrado y confiado, al primer parcial en diciembre. Contra toda verosimilitud me catearon (en aquella época era impensable recurrir la sentencia) y pillé tal cabreo que decidí abandonar. Tanteé diversas salidas laborales, pero algún amigo que conocía mis aficiones me aconsejó probar Filosofía y Letras. El ruedo, en general, no era muy distinto, con el añadido de que un notable porcentaje de la clientela era de sotana o hábito, pero me apasionaron las excepciones: Carlos Cid, en Historia del Arte, culpable de que decidiera seguir a pesar de cuanto había visto los primeros meses; Antoni Vilanova y sus inolvidables charlas sobre la Generación del 98; algún catedrático joven, Seco Serrano, que luego mudó de piel, o José María Valverde, con quien logré una gratificante amistad y colaboré ulteriormente en más de un compromiso. Había otros “profes” excelentes, evidenciando aún más la índole del resto: los ayudantes de Vicens, Emili Giralt o Jordi Nadal; Eduard Ripoll que lo era de Pericot; Carmen Huera y August Panella que dictaban una nueva disciplina, denominada Etnología; Pero la mayoría del cuerpo docente lo integraba una caterva abracadabrante y extravagante de iletrados integristas salidos de la más peregrina novela decimonónica.

En quinto curso pude gozar de Vicens, maestro extraordinario en la mejor acepción de la voz; pero el cáncer nos jugó una trastada, los síntomas surgieron a los pocos meses y se nos lo llevó a finales de curso. Militaba activamente en el antifranquismo y pensé, por una lógica primaria, estudiar lo que llamábamos movimiento obrero, entonces casi sin tradición. Vicens me sugirió analizar la lucha de clases a finales del XIX y exhumé un curioso sindicato textil, las Tres Clases de Vapor.

A Vicens le aborrecía y temía buena parte del claustro, al poner en evidencia su catadura y necedad, la “Internacional de los mediocres” que dice el amigo Fontana; por ello todo su equipo y discípulos fuimos barridos de la Facultad en octubre de 1960. Huérfano y desplazado, decidí ir a París y asistir a una serie de cursos, en l'École Pratique des Hautes Études, en especial los de Pierre Vilar, tan próximo al fallecido; al volver, como a otros colegas de la Escuela de Barcelona, me acogió Fabià Estapé, decano de Económicas, donde Vicens había dictado Historia Económica. Empecé la tesis, de tanta plática con Vilar, en la Sorbonne

o en su casa, resolví que antes de interesarme por los obreros del algodón y su sindicato, convenía trabajar sobre la industria en la que se les explotaba.

Con otros profesores, artistas y eruditos estuve, en marzo del 66, en la Capuchinada, asamblea constituyente y clandestina del nuevo Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Barcelona; tras tres días encerrados en el convento, unos mil seglares, doce frailes y el revuelo concebible, la policía nos desalojó saltándose el Concordato urdido por Franco y el Vaticano y los “profes” fuimos sancionados con la expulsión definitiva. Aquí terminaba, en apariencia, mi carrera de obstáculos universitaria.

A lo largo de la vida me ha pasado algún suceso paradójico. En el vestíbulo de Económicas –acompañé a Nadal a recoger sus bártulos pues había ganado cátedra en Valencia– un compañero leía a un grupo la carta de otro, llamado por la Universidad de los Andes (ULA), Mérida, Venezuela, pormenorizando maravillas. Se lo comenté a Nadal, que precisó, sólo les interesan los de números, no los de letras. Justo la mañana siguiente, en una de las seis editoriales en las que me ganaba los garbanzos, Edicions 62, al llegar el director literario, Josep M. Castellet, nos espetó: “¿Queréis algo de Caracas?”. Lo habían nombrado miembro del jurado del premio Rómulo Gallegos y, en broma, le respondí, si ves a alguien de la ULA pregúntale si necesitan un historiador. Antes de que él regresara tenía una propuesta; le habían invitado a esta institución, habló con Domingo Miliani, con quien entablaría una amable vinculación, y yéndose de sabático el responsable de Historia Universal Moderna y Contemporánea, buscaban un suplente. Sin comerlo ni beberlo, en marzo del 68 empezaba mi periplo indiano.

Pronto me hechizaron el continente, su naturaleza y, por encima de todo, la mayoría del paisanaje; por otra parte no era difícil otear que su pasado era tan falseado y camuflado como el de cualquier estado y que se había escogido como hecho germinal y figura patricia la independencia y al Libertador, abusando del ditirambo estafalario, incongruente e inverosímil. Carrera Damas acababa de sacar una denuncia rotunda, El culto a Bolívar, que incluso provocó una reunión expresa de la Sociedad Bolivariana para discutir si lo condenaban al ostracismo.

Amnistiado, regresé en 1970 y, sorpresas del franquismo, que además de genocida y represor era surrealista, en la nueva Universidad Autónoma –por supuesto, tampoco lo era–, haber estado en el convento capuchino era un mérito. Volví a mi interés previo y empecé a prepararme para dictar Historia Contemporánea de Cataluña. Tras muchas promesas y proyectos, no desapareció, ¡hasta aquí podíamos llegar!, el recurso a las oposiciones para acceder a una plaza. Era no sólo brutal, obtuso y falso, por los esfuerzos que exigía y las sorpresas que generaba si no que, además, obligaba a humillarse, dependía de una larga serie de tramas o redes y daba lugar a complicidades en cadena muchas veces de difícil comprensión. Mientras, la parroquia, en un ambiente aún muy familiar, quería saber algo del pasado americano y Josep Fontana pensó que yo podía encargarme dado que había vivido un tiempo allá.

Me suspendieron en un par de oposiciones, la segunda el tribunal alcanzó lo inenarrable y, para más escarnio, Seco Serrano, me soltó “ha estado muy bien, la próxima plaza será para usted”, a lo que respondí: “Ni se le ocurra, no vuelven ustedes a embaucarme”. Entre ambos atolladeros me había presentado sin ninguna posibilidad ni esperanza a una plaza de titular de Historia de América, sólo porque caía en las mismas fechas en que mi esposa defendía la suya –en Madrid, ¡faltaría más!–, y me sugirió la acompañara y acudiera a la prueba para no aburrirme aquella semana. Me presenté flemático, espontáneo y despreocupado y, lo repito, la formalidad es inescrutable y gané el concurso que, en apariencia, no me correspondía.

En breve; contra propósitos y pronósticos, en octubre regresé a la Facultad donde me había licenciado para impartir la disciplina que no había planeado. Los del segundo tribunal de Historia de Cataluña me hicieron un favor; me sumergí en el tema indiano, investigué, viajé muchas veces al Nuevo Continente y nunca cesaré de agradecerles que me impusieran una tarea que me ha dado goce y satisfacción, me ha conectado con lugares y humanos maravillosos y me abrió perspectivas que ni había supuesto.

Pasé por una peculiar inversión, de profesor de Historia de Cataluña que, secundariamente, dictaba Historia de América, a lo contrario, pues el amigo Emili Giralt, director del Departamento de Contemporánea y decano de la Facultad, me encargó esta asignatura, nueva, en la UB.

Tu relación Cataluña-América, ha producido una obra sobre la que se habla en el dossier: eres un maestro, pero vitalmente ¿qué te ha dado?

Si del pasado de mi tierra me interesó el repudio al liberalismo, tan enmascarado, de las tierras del otro lado del charco me cautivó el rechazo a la colonización, del todo ninguneado. Para vindicarlo era necesario leer y averiguar sobre quienes ya estaban allí antes de 1492, sobre quienes no se sometieron al agresor y a su coerción cultural, el cristianismo en primer lugar, viéndose obligados a fingir y simular, resistiendo de manera más o menos subterránea; sobre las revueltas de cobrizos y afros o sobre las sociedades cimarronas que, casi al mismo tiempo, nos interesaron a varios, Ángel Quintero, Adolfo Rodríguez o Nydia Ruiz. Chanzeando, un colega empezó a llamarme el llanerólogo, en un congreso en Barinas, 1980. Esta etapa culminó a finales de 2002; pasé seis semanas en Javará, orilla del Trombetas, norte amazónico vecino a Surinam, con quilombolas, herederos de esclavos fugitivos; comprobé que era real cuanto había escrito, sacado de archivos y bibliotecas, sobre estas sociedades libertarias, “sin dios, rey, ni ley”, decían los castellanos de las naciones armónicas que señoreaban el 80% de un continente con el que habían tropezado Colón y sus muchachos.

A medida que variaba de rumbo, iba desenmascarando escamoteos y falacias de tanto cronista. Marcado por *La historia oficial*, de Luis Puenzo, desde 1985 empecé a llamar así, HO, el embeleco que engendra el sistema, precisamente para que no se sepa lo ocurrido, algo sobre lo que ya alertó Orwell en su imprescindible e insuperable 1984. Poco después, en una estadía en Caracas,

la lectura de libros sobre el secesionismo, mentando y detallando muchos hechos taumatúrgicos, proezas y hazañas, denuedos y arrestos portentosos, casi increíbles, me sugirió los textos religiosos que nos hacían leer de muchachos y pensé que podía hablar de Historia Sagrada (HS). Y con lo que destapaba, decidí llamar Leyenda apologética y legitimadora (LaL), la versión, edulcorada y falsa, sacralizando la agresión castellana a las Indias, engendrada durante ésta, encaminada a contrarrestar tanta denuncia de testimonios coetáneos y Bartolomé de las Casas sólo fue uno entre muchos; acrecentada durante siglos; vuelta a armar a finales del XIX, al conocerse canalladas perpetradas en Cuba contra insurgentes o civiles; retomada por Franco, pieza clave del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y por el PSOE y Jordi Pujol, para los fastos del Quinto centenario.

Mi admirado poeta Joan Oliver, Pere Quart, dijo en una entrevista que todo era aproximado, provisional, relativo y transitorio. Educado en un medio familiar puritano, víctima de los escolapios, inmerso sin salvavidas en el nacionalcatolicismo puro y duro, me había convertido en una persona dogmática, intolerante, con un caparazón de tortuga que me inmunizaba ante cualquier contagio. Mis primeros contactos con los de la otra orilla me asombraron e incluso escandalizaron. Sus usos y costumbres no eran como los míos, ni tampoco su forma de divertirse o celebrar, de andar o de enfrentar los desafíos. Soy muy bruto y me llevó tiempo ir descubriendo que nuestra cultura, la occidental, es una de tantas, que las demás son, como mínimo, tan válidas como cualquiera, y que de bastantes de ellas se podía chupar y aprender. A muchos niveles, asimilé cosas que ni imaginé y me capacitaron, abriéndome de orejas, para beneficiarme de ofertas y novedades alternativas y puntos de vista antagónicos de los nuestros.

Por otra parte, en Caracas entré en contacto con la Escuela de Antropología y pronto sus métodos y proyectos me resultaron más sugerentes en mis nuevas andaduras que los de algún colega historiador; algo que también comprobé en la UB.

Acabo de hablar de Puenzo, Orwell y Oliver. Mientras avanzaba en mis trabajos, leyendo y conociendo otras ópticas sobre el ayer, iba cayendo en la cuenta de que para acercarse a lo ocurrido capaz eran, con frecuencia, más útiles las obras de los creadores que los documentos académicos. Una película, novela, pintura o canción nos podían dar la clave para enterarnos de lo que nosotros no entendíamos. Me dejaba perplejo que ellos supieran o narraran lo que a nosotros se nos escapaba. No quiero extenderme, pero *Aguirre, la ira de Dios*, de Werner Herzog es idónea para comprender la vesania de la “gesta” indiana y nadie detalló la sórdida, triste y cutre vida cotidiana en el primer franquismo como Juan Marsé. Tendría *Avatar*, de James Cameron, como alegoría de las agresiones occidentales, apoyadas sólo en su superioridad logística, al resto del mundo desde 1492 y no me sorprende la crítica de *L'Observatore Romano*: “está inundado de un espiritualismo vinculado al culto a la naturaleza”. Los últimos años en la Facultad dicté un curso de doctorado sobre esta temática.

Tu vitalidad humana e intelectual es conocida y reconocida aquí y allá. ¿Qué te ha movido o te mueve en la vida?

Debo agradecer a unos cuantos lo que me han enseñado para navegar en este proceloso mar que es existir. De niño el abuelo paterno, un ser insólito, distinto del resto de la familia, diría que ácrata inconsciente, me insinuó una forma nueva de pensar. Cuando iba a nacer el cuarto hermano –las madres todavía parían en casa–, nos mandaron con el segundo y aquél un mes a Hostalric. Nunca me había sentido tan suelto, todo estaba permitido y, por lo tanto, nada prohibido. Desde 1961, pero en especial desde 1968, he disfrutado de sopotociientos alumnos en cinco o seis centros; con frecuencia conectaba con un notable porcentaje y, en conversaciones, consultas o visitas, me dejaban entrar en su mundo, descubrir sus aficiones, conocer sus inquietudes.

Ya hablé de los habitantes del otro lado del Charco. En 1993, en otro de los momentos mágicos de mi vida, tras empezar a recorrer Les Gavarres, pequeña serranía entre Girona y Palafrugell, supe que hasta no hace tantos años sus residentes, boscanos, dependían más de la selva que de la agricultura y que tenían una forma de vida, ancestral muy distinta de la urbana y fabril. Buscando algún informante conocí a Lluís Pla y Simó Sugranyes, éste ya fallecido, que por diversión volvían a producir carbón de leña. Empecé una fructífera, para mí, vinculación con ellos, nos hemos visto con frecuencia y, con Lluís, todavía recorro aquellas comarcas. He sorbido de su caudal, me pormenorizaron una manera de vivir y convivir distinta de la mía, me han permitido catar su relación con la naturaleza y sus habitantes.

Osaría pensar que a través de tantos vericuetos llevo entablando una serie de combates para poner mi pequeño grano de arena en la lucha en que andan tantos ensayando que deje de ser una utopía recuperar un mundo sin atropellos, donde libertad, igualdad o fraternidad, sean ejes primordiales. La salida occidental, ya no queda otra, es cada vez más egoísta, alienante, consumista hasta el absurdo, violenta, ecocida; acabaremos con todos los recursos y el aire y contaminaremos hasta desertizar la tierra. Es cada vez más peliagudo oponerse a un modelo que nos desconcierta, aplasta y anula, pero no me queda duda alguna –tengo bastantes evidencias– logré interesar, inquietar y comprometer a un número no menospreciable de mis pacientes. Menos da una piedra.

¿Cómo ves a estas alturas la experiencia en la universidad franquista y la construcción de una universidad democrática? Tú has participado en ese proceso. ¿Se logró?

Al regresar de Venezuela, supe que además de enseñar en la UAB se me encargaba la secretaría de la facultad. Fueron cinco años estimulantes, nos embarcamos en una experiencia que queríamos distinta, sin el lastre de la anquilosada universidad napoleónica. No sólo fracasamos, sin notarlo me fui dejando atrapar por el mezquino y ridículo poder que permite el cargo, caí en el autoritarismo, no escuchaba a los demás o sólo me preocupaba de lo que me parecía era correcto y necesario.

Fue al volver a la UB que descubrí como me había dejado atrapar en la telaraña del sistema o había tomado algunas decisiones, emitido más de un parecer, juzgado a los estudiantes y colegas de una manera de la que ahora me avergüenzo. Poco después debimos replantearnos el plan de estudios y se empezó a urdir una especialidad de nuestro ámbito, a lo que se añadió la llegada de un catedrático que, sin dudarlo, actuó como jefe de un departamento que empezó a crecer con gentes de diversas procedencias. Bien pronto aquél marchó a Madrid, sin avisarnos, creando una acefalía que debía resolverse; alguien sugirió que yo era el veterano y él vetó, aún no sé por qué, esta posibilidad. Éramos pocos y bien avenidos y decidimos intentar una alternativa asamblearia, las decisiones se tomarían entre todos, se repartirían los cometidos y conseguimos, por un tiempo, se cumpliera la sugerencia de Joan Manuel Serrat “que todo fuera como está mandado y que no mandara ni dios”. Es curioso, sólo titubeé la bibliotecaria, declinaba responsabilidades, pero no costó mucho convencerla que era la única que sabía como organizar la biblioteca. Luego ambiciones, celos, personalismos o mandatos de la superioridad sobre la organización de los departamentos acabaron con el experimento.

Más o menos por estos años la muerte del tirano y la incapacidad de sus esbirros y partidarios para mantener el mecanismo dictatorial abrieron una corta y singular etapa que conocemos como la Transición. Quienes se habían aprovechado de cuarenta años de despotismo sin control ni reglas, jefes del viejo régimen, inmovilistas y la mayoría de la iglesia católica, rizaban el tореo de salón para evitar cualquier mudanza. En el otro extremo sindicatos, movidas vecinales, estudiantes, cristianos de base, feministas, periodistas, abogados y alguna otra profesión liberal, nacionalistas vascos, gallegos y catalanes, luchaban para conseguirlo todo en absoluto o, visto, desde otra perspectiva, cosas primordiales, libertad, amnistía, autonomía para comunidades o universidades, justicia, escudriñar lo ocurrido durante aquella larga noche, para, como mínimo, resarcir a nivel ético a quienes habían sacrificado tanto, en algunos casos hasta la vida, o para restaurar el proyecto político que los españoles se habían dado en 1931.

Fue una etapa corta pero muy intensa, de fervores, sueños e ilusiones durante la cual algún universitario, y en especial nuestra facultad, tuvieron un protagonismo que, en realidad, no le correspondía. Y durante meses febriles, de arrebatos y desvaríos, salíamos a la calle por menos de nada, en la Facultad había incesantes reuniones, asambleas o encuentros, nos llegamos al Parlamento protestando porque la policía, cómo no, torturaba a una colega. Una toma duró más de 24 horas, acompañada de música o una pieza teatral inolvidable. Las juntas de Facultad devinieron asamblearias, podía hablar y votar cualquiera que estuviera presente, propusimos o decidimos acuerdos radicales sobre la enseñanza o la guisa de adscripción del profesorado.

Nuestra lucha y pretensión, hablo de la Facultad, era una quimera; desencanto y frustración, tras el arrebato, fueron demoledores. Tuvimos que volver al corral y aparcar esbozos, planes y fantasías para la próxima ocasión. Algo que se otea cada vez más lejano, viendo la que está cayendo: indigna el abuso de

enjalbegar la fachada para no mudar la estructura heredada, así, como caso emblemático, la “justicia” aceptando denuncias de Falange contra Garzón por su empeño en escarbar crímenes del fascismo, mientras cunden hasta lo indecible, corrupción y alevosías de los gobernantes. A título personal el chaparrón supuso replantearme mis proyectos y dedicarme con más ahínco a escarbar sobre resistentes y alternativos, fue más o menos por esa época cuando empecé a buscar información sobre los llaneros, resultando mucho más abundante de lo que podía suponer.

Años más tarde, estando en Venezuela con una beca para reciclarme como antropólogo, fui testigo presencial, marzo de 1989, del Caracazo, la poblada protestando por abusos de poder y decretos de Carlos Andrés Pérez antagónicos de las promesas electorales que lo acababan de sentar por segunda vez en la presidencia de la República. Cada noche oíamos aterrizar naves militares en La Carlota y la macabra cacofonía de metralletas asesinando cientos de inocentes, de día veíamos pasar camiones del ejército trajinando despojos en bolsas plásticas; una experiencia única al contrastar declaraciones oficiales del presidente o del ministro de defensa con lo que presenciábamos y con cuanto empezaron a alegar periodistas cuando se restablecieron las garantías constitucionales. Me pregunté una vez más con qué materiales se escribiría la historia dentro de unos años, con unos o con otros. Y lo que me jode es saber la respuesta.

Particularmente, has tenido una actuación de liderazgo importante en la Sección de Historia de América de la UB, que he vivido contigo; fui la tercera persona que se integró al americanismo en Barcelona. Tu trabajo y forma de hacer marcó tendencia en el americanismo y lo renovó. ¿Quieres hablar sobre esta tercera experiencia?

Ya he hablado un poco de la cuestión; pensaría que liderazgo no es una expresión muy acertada, era el más añejo, estaba muy entusiasmado, tanto como los demás compañeros y, capaz, por la experiencia tan negativa en la UAB, estaba más interesado en que el proyecto, novedoso, echara a andar. Recuerdo que en una de las primeras reuniones conflictivas, tras la probatura que antes cité, Ferran Iñesta sostuvo que yo tenía una autoridad moral, no sé exactamente qué querría decir, pero la frase me gustó.

¿Cómo ves el *Boletín Americanista*? La revista muestra esa tendencia. Tú definitivamente lo levantaste.

Lo veo muy bien y espero y deseo que todavía mejore.

Te has relacionado muy bien con el estudiantado. ¿Cómo lo encuentras ahora?

Ya dije que una de las experiencias más atractivas y placenteras de mi carrera profesional fue el contacto con quienes son la mayoría en una casa de estudios. Asimilé mucho de ellos, bastantes, ni que fuera por breve tiempo me brindaron su amistad; acabada la carrera desaparecían, era natural, pero con frecuencia

todavía me encuentro alguno en bibliotecas, cines o doquier. También suele ocurrir, me digan que recuerdan mis clases o, algunas veces, lisonjas más amables y entrañables. Lo digo sin pudor, me produce una gran satisfacción y, cada vez, vuelvo a dar las gracias a quien sea por haber escogido este quehacer tras abandonar la licenciatura inicial.

Además, he tenido la fortuna inmensa de congeniar y entenderme con un gentío, responsables del aseo, camareros, bedeles, personal de secretaría o bibliotecas; también con algunos la relación ha sido fructífera, amable y, muchas veces, divertida. Siempre recordaré, con gran agrado, quienes asistieron a la comida que siguió a la lección con la que, de forma oficial, me despedía como enseñante.

Me jubilaron hace cinco años y ya no estaba cuando empezaron las protestas, diría que justificadas, por el plan Bolonia y la burocratización, y sería una osadía opinar pues me faltan elementos de juicio.

Finalmente, ¿qué bibliotecas y archivos estás visitando; qué viajes están en tus planes de futuro?

En marzo del 2003 el cáncer y un cirujano incompetente me jugaron otra travesura. Por culpa del segundo pasé cuatro meses en la clínica, hecho una piltrafa y entubado, sin vigor ni para leer, pero sí para pensar, dándole vueltas a qué haría cuando me jubilaran y no tuviera apoyo institucional para seguir viajando a América e indagar allí. Un buen día se me ocurrió que podría ser interesante leer sobre la vida cotidiana en el verano catalán de 1936, averiguar qué hacía la gente de la calle mientras otros pensaban transformaciones radicales o tiroteaban. En cuanto pude volver a valerme empecé a hurgar en la biblioteca de la Facultad, pronto detecté que eran muy útiles las memorias, no de los protagonistas y mandarines, sino de los ciudadanos comunes y corrientes; tardé muy poco en detectar que durante el corto verano de la anarquía, como dijo Enzensberger, acá habían pasado cosas sorprendentes y excelencias y nos lo habían ocultado de forma sistemática franquistas y estalinistas. Mientras, llegó la jubilación, sin apelación posible, y he estado cinco años yendo cada mañana al Pavelló de la República, en una atmósfera muy agradable, y osaría decir que he rescatado del olvido una etapa prodigiosa.

Terminado el libro *Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros*, espero salga editado dentro de unos meses, empecé otra pesquisa, general, sobre memoria y pasado, centrándome más o menos en el período 31-39, para neutralizar la amnesia que se organiza desde el poder, bautizada, me parece un exabrupto, "Memoria histórica", diría que no es preciso porfiar, tras lo que dije, que si esta entelequia es histórica no tendrá nada que ver, o en el mejor de los casos muy poco, con lo sucedido y con lo que recordaron, mientras vivieron, los que gozaron o padecieron la etapa, de esperanzas y promesas de nuevo incumplidas, de traiciones y felonías tan inverosímil para unos y tan apocalíptica para demasiados.

Pero hubo un nuevo imprevisto; en octubre de 2005, al cumplir los 71, dejé de bregar en mi Departamento, por imperativo legal al parecer, pero seguí en el Máster, donde colaboraba desde hacía tiempo, de la Facultad de Derecho, idea de Roberto Bergalli, y que, desde hacía poco se impartía acá y en la Universidad de Mar del Plata; para allí marché a finales de noviembre del 2009 y luego aproveché para un periplo por el sur del Sur, por el que suspiraba hacía años. Muchos, mi hijo Gabriel el primero, me habían contado excelencias de la región; el paseo fue un nuevo incidente genial por los lugareños, el paisaje o la fauna; navegando por el lago Argentino para ver el Perito Moreno crecía el número de icebergs de un blanco azulado inolvidable, el guía alertó que sólo veíamos un octavo de su masa total. Viajando por Patagonia tuve una sensación pareja, sólo se nos muestra una ínfima parte de su realidad, intuía que el lugar rebosa sucesos, experiencias y misterios que, o circulan subterráneamente, o nos los han escamoteado. En Trelew gocé de gratificantes debates y paseos con Mónica Gatica y Susana Mabel López, profesoras de su universidad que conocí en Buenos Aires en 1987; compré cuanto libro encontré y visité excelentes museos, el de El Calafate o los cuatro en Ushuaia y de regreso empecé a leer y escribir; por añadidura, el cajón de sastre que es el Pavelló alberga el fondo Casa de América, creada por Cambó, con una notable cantidad de libros que me han resultado muy útiles.

Se están celebrando una serie de eventos con motivo del bicentenario de la llamada Independencia latinoamericana; de momento me han invitado desde Argel y Orán, Bilbao, Castelló o Ciutat de Mallorca; pienso recordar que hace doscientos años, ya lo he dicho, los europeos sólo controlaban un 20%, como mucho, del Continente; en el resto la población había crecido, los nativos se habían librado de las pestes europeas y, por otra parte, llegaron muchos escurridizos; la inmensa mayoría de este enorme espacio estuvo totalmente al margen de aquellos sucesos y la intervención de los pocos que participaron ha sido tergiversada hasta lo indecible. El Llano, al sur de las actuales Venezuela y Colombia, una gran cimarronera, acogió esclavos de plantaciones del norte que aprovecharon para escapar allí, pues las fuerzas represoras se utilizaron en enfrentamientos entre el mantuanaje caraqueño y los notables de las capitales provinciales, provocados por la decisión de los primeros de gobernar la entera colonia tras su decisión de desvincularse de la Metrópoli por la llegada al trono, tras abdicar Carlos IV, de José I. Bolívar resolvió, tras llegar a Caracas desde Bogotá, con la total indiferencia de sus paisanos, adentrarse en las sabanas y recobrar los forajidos, pues sin ellos no podía funcionar una economía esclavista. Los sureños, acordaron defenderse atacando y le derrotaron de tal modo que a él y los suyos no les quedó otra salida que huir a uña de caballo, dejando la colonia señoreada por los vencedores. La única expedición que Fernando VII, recuperado el solio, pudo enviar a las Indias se dirigió a Caracas; sólo en esta región los sucesos habían traído una situación que cuestionaba de forma radical el sistema. Ante el ejército de Morillo, bien pertrechado con armas modernas inglesas, los del Llano regresaron a su santuario y aquél reincidió en la insensatez

al pretender aniquilarlos allí, implicando un nuevo desastre para los invasores. Al concebir Bolívar, por tercera vez, la emancipación captó que sólo podría derrotar a los españoles si conseguía la ayuda, imprescindible, de los llaneros, lo que obtuvo pues ahora tenían un enemigo común en el norte. Su colaboración fue decisiva y me parece un atropello afirmar que lucharon por la libertad, la habían ganado hacía centurias y fundado una alternativa libertaria, donde prevalecían igualdad y autonomía individual, sin represión ni alienación, les debía parecer una nimiedad la pacata y escasa oferta de los liberales que ahora ya sabemos, sin duda alguna, es sólo una artimaña para engatusar a la humanidad y darles a comulgar ruedas de molino.

Gracias, Miquel, te deseo mucha suerte

Barcelona, 21 de febrero de 2010